

Capítulo 27 - - Grupo de Estudio - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4 Revisados el 3 de julio]

- Capítulo 27 - - Grupo de Estudio - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4
Revisados el 3 de julio]

Capítulo 27 - - Grupo de Estudio - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4 Revisados el 3 de julio]

Sebastián

Día 25 del mes 11, miércoles, 5:30 a.m.

A mitad de semana, Sebastien fue despertada temprano por susurros apenas audibles y algunos murmullos de mal humor. Le llevó más tiempo de lo habitual volver a estar alerta, como si sus pensamientos fluyeran con más lentitud. Cuando finalmente sus ojos lograron enfocar, se incorporó y vio a Damien Westbay, ya vestido y con el cabello perfectamente arreglado, inclinado sobre una cama cercana, sacudiendo el hombro de Alec Gervin en un intento por despertarlo. El resto del grupo de Westbay también había madrugado, recogiendo sus ropas y dirigiéndose tambaleándose a los baños para vestirse.

Otros estudiantes cercanos, que también habían sido despertados, protestaron por el ruido de Westbay. Una de ellas se cubrió la cabeza con una almohada y se recostó de nuevo con un resoplido molesto.

Sebastien se frotó los ojos para eliminar el sueño y revisó su reloj de bolsillo. Era demasiado tarde para volver a dormir, a pesar del cansancio. Se levantó, tambaleándose levemente, y fue a los baños para vestirse. “Imbécil de troglodita. Pésima excusa para hechicero,” pensó con un ceño fruncido mientras pasaba junto a Westbay.

Al regresar del baño, su grupo estaba parado afuera de las puertas de su sala común discutiendo acaloradamente. Al menos alguien había tenido la sensatez de cerrar las puertas para no seguir molestando a los demás estudiantes. Tanto Ana como Westbay portaban algunos equipos familiares en sus brazos.

La mirada de Sebastien se agudizó. Tenían los mismos dispositivos que Lacer le había entregado para practicar fuera de clase.

“¡Sebastien!” exclamó Ana con alegría, con su cabello aún suelto alrededor de los hombros. Sus ojos la recorrieron y frunció ligeramente el ceño. “Perdón si te despertamos. Alec siempre duerme

como un rinoceronte tranquilizado.”

Como si hubiese sido una señal, la otra chica, con cabello oscuro y vestida con un vestido en lugar de los pantalones que Ana solía preferir, dio un codazo a Alec sin mirar.

Mientras Ana fruncía el ceño y se masajeaba las costillas, Sebastien se ajustó la ropa y pasó una mano por su cabello enmarañado, tratando de parecer más despierta. “Está bien—”

“¿Siverling se levanta temprano todos los días para practicar, ¿verdad?” dijo Westbay, con un tono apenas más bajo de lo que hubiese sido su silencio habitual.

Sebastien levantó el mentón. “Lo hago,” respondió.

Ana sonrió con encanto, aparentemente ajena a la tensión que flotaba en el ambiente. “Exacto. Cuando Damien se enteró, admiró mucho tu ética de trabajo. Hemos decidido comenzar una sesión de estudio matutina también.”

Westbay miró a Ana con cierta duda, y Sebastien dudaba que ese chico hubiese pronunciado alguna vez una palabra tan generosa como “admirar” respecto a ella.

Se le dibujó una sonrisa en los labios al pensarlo.

El rostro de Ana se iluminó aún más, como si la misma magia obrar en una lealtad absoluta en su ignorancia. “¡Entonces! Pensamos que deberías unirse a nosotras. Estás trabajando en los ejercicios adicionales del profesor Lacer, y nosotras también. Damien ha presionado a los demás del grupo para que nos acompañen. ¿Por qué no practicar juntas? Quizá podamos intercambiar algunos consejos.”

Westbay frunció el ceño. “Estoy segura de que Siverling prefiere trabajar sin distracciones.”

Eso era cierto. Además, Sebastien no conocía a la mitad del grupo y, de los que conocía, solo le agradaba Anastasia. Compartir esa mañana probablemente sería mucho menos productivo si se lo pasaba con ellos. Abrió la boca para rechazar, pero percibió el ligero toque de satisfacción en la expresión de Westbay. No estaba segura si era por la idea de ser desobediente solo por capricho, o por el recuerdo de que la familia de Westbay lideraba la policía y él era consciente de su situación, lo cual cambió su decisión.

“Quizás logre que él hable sobre ello.” Sonrió, intentando mantener la mayor neutralidad posible en su expresión. “Sería un placer, gracias, Ana.” Regresó a los dormitorios para coger sus pertenencias y el equipo de práctica que el profesor Lacer le había entregado, y luego siguió al grupo hasta un aula vacía cercana a las puertas exteriores de la Ciudadela.

Ana presentó al resto del grupo mientras se acomodaban.

Alec Gervin ya le era familiar, ya que lo había conocido junto a Westbay en su primer día cuando intentaron colarse en la fila. Era el que hablaba alto, con cejas negras y tupidas. ‘Y, además, parece que tiene algún tipo de trastorno del sueño,’ pensó con poca amabilidad.

Waverly Ascott era la otra chica. Silenciosa, pero con los ojos atentos y listos para fruncir el ceño de manera amenazante si alguno de los otros la molestaba. Sus párpados tenían un pliegue epicanthic parcial, indicando que uno de sus padres—probablemente su madre—era originario de algún país del Este. Asintió brevemente cuando la presentaron a Sebastien, luego sacó un libro grueso sobre el Plano de la Resplandecencia de su bolso y empezó a leer, ignorando a los demás.

Ambrose Setterlund, un joven demasiado alto para ser tan tímido, agitó rápidamente la mano al ser presentado y murmuró, "Llámame Brinn," dejando que sus mejillas se sonrojaran. Se sentó junto a Ascott.

El último chico era probablemente el más guapo del grupo, con cabello rizado, piel de tono crema oscuro y una sonrisa segura que incluso Sebastien admitió que era atractiva. Rhett Moncrieffe inclinó su cuerpo con facilidad hacia Sebastien, aparentando estar ni particularmente complacido ni molesto por su presencia, y colocó un maletín sobre una mesita.

Westbay gimió en voz alta. "¿Es necesario, Rhett? Estamos aquí para estudiar, no para jugar."

El guapo chico movió su cabello y dirigió una mirada altanera a Westbay. "Esto es estudiar. Mi interés es simplemente más... entretenido que el tuyo. Necesito practicar, y no es como si tuviéramos aros de duelo aquí para entrenar en serio. No seas tan sanctimonioso."

Alec Gervin se levantó, haciendo crujir su silla contra el suelo. "Estudiaré contigo, Rhett."

Los dos organizaron en una mesita lateral un tablero de madera que se extendía, con dos piezas humanoides pequeñas. Colocaron las piezas en sus respectivos círculos en el tablero y comenzaron a lanzar "conjuros" que parecían ser rayos diminutos de luz, enfrentándose entre sí, esquivando los ataques que recibían de su oponente de juego.

Todo el grupo se animó un poco cuando Westbay sacó una tetera del armario en la pared del fondo y la llenó con café molido. Se acomodaron alrededor de una gran mesa, mientras el agua se calentaba. Westbay lanzó el hechizo para convertir el café en una infusión estimulante, con el tipo de orgullo que un niño muestra al "ayudar" a su madre a hornear pan. El café—probablemente una de esas variedades de lujo costosas—superó la magia incluso más fácilmente que los granos en la cocina de Dryden, y Sebastien tuvo que admitir que también era delicioso.

Brinn Setterlund, el joven alto, se apresuró a verterle el café a Waverly, entregándoselo con una sonrisa como de cachorro. Ella aceptó la taza con un gesto distraído, apenas levantando la vista de su libro.

Con la rueda de arena sobre la mesa, Sebastien apretó su Conducto y empezó a lanzar hechizos, concibiendo solo una parte de su concentración en la esfera metálica en su interior, que había sido pulida hasta alcanzar un acabado mate y suave por el desgaste constante. "Entonces, tu familia está a cargo de la policía, ¿verdad, Westbay? ¿Los que investigan a esa hechicera que robó en la Universidad hace un par de meses?"

Sí. Mi hermano Tito está a cargo del equipo de investigación.

Correcto. El equipo que todavía no ha capturado a la sospechosa y cuya única pista es que logró comunicarse con su cómplice incluso después de que lo encarcelaron.

Frunció el ceño, con las bolsas bajo los ojos marcándose claramente.

Antes de que pudiera hablar, ella continuó, girando sin gracia su bola más rápido. “¿Qué fue exactamente lo que ella robó? En el mercado dicen que fue algún artefacto invaluable de una excavación arqueológica, ¿pero será eso cierto?”

Él olfateó con desaprobación. “Aparentemente, robó un libro. Quizá contenía hechizos poderosos o ilegales, no lo sé. Pero, en cuanto a tus insinuaciones sobre los investigadores, déjame aclararlo. Su cómplice se abrió en la primera tarde que lo trajeron, y reveló sin reservas sus intentos de comunicarse con ella en la segunda ocasión, también. La única razón por la que aún no la hemos atrapado es que ha permanecido en silencio. Sin duda, está escondida por miedo a que la descubramos pronto. Pero sabemos que todavía está en la ciudad. Ese hechizo de mensajero debe usarlo en las cercanías del destinatario. Es probable que esté siendo protegida por otros criminales, quizás los que querían el libro, pero tarde o temprano alguien cometerá un error, y allí la tendremos, junto con toda su red de cómplices.”

Sebastián hizo girar aún más su bola, hasta que la arena empezó a calentarse por la fricción, y luego la desaceleró de repente. El hechizo minimalista brillaba con poca eficiencia mientras la bola disminuía su velocidad y luego se apagaba a medida que comenzaba a girar en dirección opuesta, ganando velocidad otra vez. Deshacer el impulso que ella misma había acumulado tan rápidamente requería una energía que no podía canalizar toda de golpe. Quizá un día, la bola se detendría en un instante, con un chasquido que sonaría como un relámpago diminuto. Al menos, podía soñar. “Pero, ¿existe alguna forma real de que los policías la atrapen, si ella o alguno de sus cómplices no se delatan sin querer? ¿Hay alguna pista?”

Westbay la miró de reojo, pasando su bola de hechizo a la de él con un ceño fruncido, girándola más rápido. Era bueno, mejor que la mayoría de sus compañeros, pero a Sebastián le parecía evidente que no practicaba tanto como ella. “Tiene talento y ha sido cuidadosa”, dijo. “Pero también es arrogante. Quiere que la vean, que la noten, por eso comete crímenes tan descarados a plena luz del día. Ella volverá a actuar, no puede evitarlo, y cuando lo haga, cometerá un error, y la atraparemos”.

Sebastián levantó las cejas, una indignación creciente por esa evaluación. Se esforzó en controlar esa emoción y empezó a hacer girar su bola en rápidas, bruscas vueltas de un lado a otro.

Gervin, que ya se había aburrido de perder contra Rhett, se levantó y se acercó, observando con interés. “¿Cómo haces eso?”

Sin pensar, ella respondió, “Puedo explicártelo, pero no entenderlo por ti.”

Los engranajes en su cabeza giraron lentamente mientras procesaba sus palabras. Sus ojos se abrieron de par en par. “¿Me acabas de insultar?”

“No quise ofenderte. Mi intención era insultarte sin que te dieras cuenta.” Las palabras salieron con ira, y solo después de haberse escapado, flotando en el aire como pequeñas guillotinas sobre su cuello, se dio cuenta de que quizás había sido un poco déspota. Tal vez algo grosera. “Debo estar más cansada de lo que pensaba, para actuar de forma tan temeraria.” Sin embargo, no retractaría sus palabras. Esperó la respuesta, el enojo y la indignación.

Ascott estalló en una carcajada.

Una vez que la represa de tensión se rompió, los demás, uno tras otro, también empezaron a reír. Incluso Gervin, unos segundos más tarde, dejó escapar una risa reacia. “Nada mal, nada mal.”

Moncrieffe la miró desde su rincón como si le concediera un favor. “Tienes una lengua afilada, Siverling. Puedo respetar a un hombre que no es ni débil ni en palabras ni en acciones.”

Su sorpresa fue una cálida sensación de cosquilleo que bajaba por su espalda sin relajarse del todo. Tenía mucha experiencia con la reacción de las personas a su lengua punzante. La mayoría se ofendía demasiado fácilmente, incluso cuando lo que decía no tenía ninguna intención particular de ofender. La gente común se sorprendía y se irritaba ante la verdad evidente que ella decía con audacia en su rostro, y en lugar de cambiar aquello que no le gustaba escuchar o simplemente evitarla, empezaban a llorar o se enojaban y la consideraban una enemiga a la que había que vengar.

Debería ser más cautelosa en realidad. Las personas en este grupo eran poderosas, y podrían haber hecho su vida muy difícil si se hubiesen ofendido por algo. De hecho, incluso Westbay podría haberse molestado y expresado su desagrado de formas más directas. Hasta donde ella sabía, no lo había hecho. Quizá no carecía completamente de honor.

Le regaló a Ascott una pequeña sonrisa de gratitud, pero la otra muchacha no la reconoció, concentrada en su libro nuevamente.

Westbay rió tan fuerte que tuvo que aclararse los ojos, y también asintió con poca disposición hacia Sebastien. “Puede que seas un arrogante insignificante, pero al menos tienes la habilidad para respaldarlo.”

Sebastien no discutió con esa etiqueta hacia ella, ya que probablemente ya era suficiente con una insolencia imprudente por día.

“Te lo he dicho, Damien,” dijo Ana. “En veinte años, el nombre Siverling será conocido por todos.”

Algo en el pecho de Sebastien se calentó ante esa idea. La fama quizás no fuese su objetivo, pero la excelencia sí, y la verdadera excelencia sería reconocida si ella hacía las cosas bien.

Tras completar sus prácticas principales, sustituyó la rueda de arena por un laberinto de vidrio tridimensional, uno de los otros instrumentos que el Profesor Lacer le había proporcionado. El cubo de cristal contenía una pequeña esfera de acero en su interior. Modificó la disposición de los conjuros y empezó a guiar la esfera por el laberinto sin tocar sus paredes. Requería un control preciso que la rueda de arena no poseía, pero era más fácil de mantener clara en su mente que los

movimientos simpáticos. Era un descanso agradable de la monotonía en que se habían convertido los otros dos entrenamientos.

“¿Ya pasaste al segundo ejercicio complementario? ¡Ni siquiera ha pasado un mes desde que empezó el curso!” exclamó Westbay, de repente enfadado.

Sebastien frunció el ceño, intentando mantener la concentración. “Se vuelve aburrido estar lanzando los mismos hechizos durante horas todos los días. Solo estoy adelantando un poco mientras sigo perfeccionando mi control en el primero.” Su esfera tropezó con una esquina al moverla demasiado rápido, y ella hizo una mueca de disgusto. Cada vez que eso sucedía, las paredes del laberinto se desplazaban, reorganizando toda la estructura interna del cubo.

Decidió intentar crear una fuerza de pseudo-repulsión entre el cristal y la esfera. La semana anterior habían revisado brevemente los principios del magnetismo en su clase de Ciencias Naturales, y parecía la solución perfecta para eliminar la necesidad de reaccionar con velocidad sobrehumana que tanto le costaba. Por supuesto, lograr eso sin componentes aparte del calor aún podía estar muy lejos de su alcance, pero en teoría, era posible.

Westbay gruñó y sacó su propio laberinto de cristal, estudiando el simplificado conjunto de hechizos de Sebastien antes de preparar el suyo propio.

Ana avanzó hacia el hechizo de movimiento en pareja con una sonrisa divertida ante los esfuerzos de Westbay. “Tienes siete clases, Damien. No puedes esperar seguir el ritmo de Sebastien. Él solo lleva seis. Y apenas duerme, ya sabes.”

Ni Sebastien ni Westbay encontraron tranquilizadora sus palabras.

Sebastien contuvo de inmediato las ganas de decirle a Westbay que ella todavía le ganaría, incluso si tomara ocho clases. ‘No soy una niña. Está bien si él cursa más clases que yo y aún así encuentra tiempo para dormir. Ha tenido tutores preparándolo para esto toda su vida. No necesito decir nada. Solo debo esforzarme más.’

Westbay miró con desdén tanto a Sebastien como a Anastasia, luego volvió su atención al nuevo ejercicio. Al principio fue torpe, pero mejoró notablemente durante la siguiente hora.

Pronto llegó el período de desayuno. “No pienses que puedes relajar, Siverling,” dijo Westbay mientras salían del aula. “El profesor Lacer me dijo que cree que tengo talento para la magia sin varita, igual que mi madre.”

“También corre en mi familia,” no pudo evitar responderla con frialdad, su voz fría.

El grupo de estudio se dispersó, Moncrieffe yéndose de lado con Gervin, mientras Ascott murmuraba algo acerca de conseguir frijoles negros del comedor para ofrecer a un espíritu. Ana sonrió y agradeció a Sebastien por unirse a ellos, mientras Westbay se adelantaba apresuradamente.

Brinn añadió una tímida sonrisa y dijo, “¿Vas a volver la próxima vez, verdad? Damien puede ser competitivo, pero en secreto le encanta tener a alguien nuevo e interesante cerca. Sería bueno para él tener a alguien con quien compararse que esté más cerca de nuestro nivel.”

Sebastien no hizo promesas. La infusión de vigilia era tentadora, al menos, aunque no tuviera tiempo para perder en socializar de manera ineficiente.